

Llegóse luego do la mar batía;  
Después que le dió vueltas á la cuerda  
Segun el punto que le parecia  
Para quel duro tiro no se pierda,  
Tentó la flecha que le convenia,  
El arco toma con la mano izquierda,  
Alrás estriba con el pié derecho,  
Tuerce para tirar el ancho pecho.

Encorva los fortísimos pulgares,  
Y sale dellos la veloce flecha  
Cortando los aéreos lugares  
Por do la mandan ir via derecha;  
Rompe la dura punta los ijares  
Del triste que no tuvo tal sospecha;  
Recógele la mar, do su caída  
Fué para despedirse de la vida.

Viendo la buena suerte de la jara  
Los bárbaros que están en la ribera  
Alzaron grande grita y algazara,  
Contentos por el premio que se espera;  
La suya cada cual dellos dispara,  
Mas no llegaron donde la primera;  
Trajéronles el vino prometido,  
Que fué por todos ellos consumido.

Viendo pues los piratas y cosarios  
La obra que hacian las pajuelas,  
Tenian por juicios temerarios  
Esperar mas tan impias espuelas;  
Y así, sin hallar votos contrarios  
Procuraron huir á todas velas  
Desde donde flecharon al mancebo,  
Que fué la parte donde murió Jebo.

Que fué mas por industria que por yerro  
Haberse la canoa trastornado,  
Para que se cumpliese su destierro  
Primero que saliese desterrado,  
Por ser para cristianos tan mal perro  
Que jamás les dejó de dar bocado,  
No faltando después entrestas gentes  
Otros tan atrevidos y valientes.

Pues otras muchas veces acudieron  
Al fuerte y á los fosos que estan hechos,  
Pero ninguna cosa concluyeron  
Por faltalles las mañas y pertrechos;  
Y aunque valientes bárbaros murieron,  
Jamás faltó la furia de sus pechos,  
Antes como fortísimos y diestros  
Derribaban algunos de los nuestros.

Pues no pudo librarse desta plaga,  
Cuando pensaba della ser seguro,  
Un Pulgarin, vecino de Azuaga,  
Detrás de las almenas en el muro,  
Por haber en lo bajo quien amaga  
Y no ver en lo alto mal futuro;  
Pero cierto gandul de la canalla  
A raiz se pegó de la muralla,

Y estando puesto donde deseaba,  
Envío su arpon al alto cielo,  
Y en faltando la fuerza que llevaba  
Que ya no pudo dar mas alto vuelo,  
Abajo vuelve y al bajar enclava  
El hombro del impróvido mozuelo:  
Lloraron todos esta desventura,  
Porque su vida fué de poca dura.

Durante pues las guerras y pendencias  
Del español y bárbaro vecino,  
Nacieron, sobre ciertas diferencias  
De pescas en el término marino,  
Pesadas y sangrientas competencias  
Entre los bondos y los del Dorsino;  
Y con aquestas guerras intestinas  
Descansaban las gentes peregrinas.

Mas aqueste descanso duró poco,  
Porque teniendo preso por tributo  
Al indio principal de Mamatoco,  
El padre dél, como varon astuto,  
Por dalle libertad, un modo loco  
Tomó pensando que sacara fruto,  
Y fué debajo de sus amistades  
Abrasar las cristianas vecindades.

A sus indios el viejo les decia:  
« Como la llama por los altos vuele,  
La guarda de la cárcel se desvia  
A socorrer aquello que les duele;  
Llegará luego nuestra compañía  
Viendo que ya no tiene quien lo vele,  
Y, aunque con grillos, nos daremos maña  
Para lo retraer á la montaña.»

Con estas intenciones se congrega  
Toda la gente de mayor sustancia,  
Y con el nubló de la noche ciega  
Caminaron con cauta vigilancia:  
El escuadron en breve tiempo llega  
Al pueblo por ser breve la distancia;  
Mas vieron gentes bien apercebidas  
Que velaban entradas y salidas.

He dicho cómo toda la frontera  
Desta ciudad es monte y espesura;  
La iglesia della tiene algo fuera,  
De los tales rebatos mal segura,  
Y ocho gandules desta gente fiera,  
Viendo por esta parte coyuntura,  
Al oratorio santo ponen fuego,  
El cual por todas partes ardió luego.

Vistos los resplandores de candela  
En tal lugar y en noche tan obscura,  
Adivinóse luego la cautela  
Y de quién emanaba la locura:  
Al arma tocan los que hacen vela;  
Acuden muchos á la voz del cura;  
Sacaron el divino Sacramento,  
Y la posible ropa y ornamento.

El viejo con los otros no se tarda  
En ir para soltar el hijo preso;  
Pero para ponelle mejor guarda,  
Cuando mas confusion hubo mas seso:  
Hubo ballesta, lanza y alabarda,  
Y españoles con él de mucho peso;  
Y los indios por no ser conocidos  
Se volvieron confusos y corridos.

Pensando pues que de la maldad hecha,  
Por ser ellos de paz, nadie podria  
Tener ni concebir mala sospecha,  
A los puertos volvieron otro dia  
Con intencion que no les aprovecha,  
Culpando la rebelde serrania;  
Mas con el agua y el cordel molesto  
Hicieron su delito manifiesto.

Visto de sus delitos el abismo,  
Al viejo con tres otros ahorcaron,  
Y precediendo santo catecismo,  
Antes que padeciesen se lavaron  
Los cuatro con el agua del bautismo,  
Porque con gran hervor lo demandaron  
Y como no constó ser delincuente,  
Ir dejaron al preso libremente.

Después de cumplida la sentencia  
Que mereció tan torpe desatino,  
El dicho don Luís tuvo licencia  
Del rey para seguir otro camino;  
Y para le tomar la residencia  
El buen don Lope de Orozco vino,  
Y por gobernador y por regente,  
Adonde permanece de presente.

El rey al don Luís manda que lleve  
Cargo de gobernar á Venezuela.  
Don Lope resta ver, á quien se debe  
El elogio postrero desta tela:  
Este quiero cantar, y seré breve;  
Pues tratando del Cabo de la Vela  
Hice memoria dél en Mocoira  
Y de los que mató bárbara ira.

## ELOGIO

*de don Lope de Orozco desde que vino á gobernar á Santa  
Marta, donde se hace mencion de las cosas en aquella  
governacion sucedidas hasta el año de 1583.*

## CANTO PRIMERO.

Ya corria la era de setenta  
Y seis años del santo nacimiento,  
Demás de quince cientos, cuya cuenta  
De cuentas es la luz y fundamento,  
Cuando don Lope de Orozco tiena  
Sulcar la mar y dar velas al viento  
Con dos naves fortísimas aposta  
Hechas á sus espensas y á su costa.

Trescientos hombres van, buenos soldados,  
De gente principal y populares,  
De todas armas bien aderezados  
Y ropas y atavíos singulares;  
Los ciento desta gente son casados,  
Dispuestos á poblar nuevos lugares,  
Y en ellos con designos y esperanzas  
De se valer por crias y labranzas.

Trajo sus hijos, porque con él vino  
Don Alonso y don Pedro y otro hermano,  
Don Andrés de Pineda, su sobrino,  
Hombres para regir guerrera mano;  
Porque don Diego ya fué peregrino  
En estas tierras y hombre baquiano,  
Varon en este reino muy aceto  
Y á quien todos tenían gran respeto.

Porque don Lope de Orozco tuvo  
En este reino cargos eminentes,  
Y en el servicio de su rey anduvo  
En Indias por provincias diferentes,  
Y aquí no pocos años se entretuvo,  
Casando muchos deudos y parientes,  
Y á su hermosa hija Mariana,  
Ejemplo grande de virtud cristiana.

Agora de sus peregrinaciones  
En aqueste compendio no se trata,  
Por no poder decir breves renglones  
Los naufragios del Rio de la Plata,  
Do fortuna le dió de los baldones  
Que suele cuando mas se desacata;  
Y estos para ponellos en memoria  
Han menester particular historia.

Pudiéramos correr á vela y remos,  
Segun teniamos materia harta;  
Mas como vamos ya por los extremos,  
De donde razon pide que me parta,  
En esta parte solo tractaremos  
Los negocios que son de Santa Marta,  
Cuyas revueltas, tramas y marañas  
Me dejan quebrantadas las entrañas.

Con esta gente pues conmemorada  
Guió don Lope proas al poniente,  
La mar algunas veces alterada  
Y llena de mortal inconveniente;  
Pero pudo llegar á la Ramada,  
Donde desembarcó toda la gente,  
Porqué en la costa y en aquellos llanos  
Está puerto poblado de cristianos.

Por Bartolomé de Alba fué fundado,  
Por mandado desta real audiencia,  
El año de sesenta ya pasado,  
Que llevó deste reino la licencia;  
Y aunque fué por algunos contrastado  
No pudieron borrar su permanencia:  
Es para sementeras tierra franca,  
Y llamase la nueva Salamanca.

Por ser tierras de sus jurisdicciones,  
Allí fué recebido del vecino,  
Y con refrescos y recreaciones  
En dar el hospedaje fué benino;  
E informado destas poblaciones,  
A Salamanca hizo su camino,  
Donde luego tomó la residencia  
Hasta que pronunció final sentencia.

De su venida la razon se lleva  
A Bonda y á la tierra comarcana,  
Y como viesen ya justicia nueva,  
Vinieron á la paz de buena gana,  
La cual el buen gobernador aprueba,  
Y toda aquella tierra quedó llana,  
Hallando para esto ser remedio  
Quitar la fortaleza de por medio.

Porque por todos gran examen hecho,  
Vian ser en cualquiera coyuntura  
Las costas muchas y ningún provecho,  
Y de los españoles sepultura;  
Cesaron pues asaltos y el asecho,  
Dudosos trances de la guerra dura,  
Y agora un hombre solo no recela  
Por tierra ir al Cabo de la Vela.

De donde, por haber seguras treguas  
Con todos los caciques del terreno,  
Por espacio de mas de treinta leguas  
Ha mandado hacer camino bueno,  
Y ha metido por él vacas y yeguas,  
De quel compás de Bonda tiene lleno;  
Porque los que tenían en la tierra  
Habían perecido con la guerra.

Puestas todas las cosas en sosiego,  
Y dejando recado conuiniente,  
Al gran valle de Upar se partió luego  
Con razonable número de gente,  
Llevando su mayor hijo don Diego  
Cargo de general y de teniente,  
El cual poco después hizo viaje  
A Mocoira contra su salvaje.

Por los respetos que mas atrás digo,  
Cuando poblaron en aquellos puertos,  
Y en la rebelion del enemigo  
Los tres hermanos Lermas fueron muertos,  
Y fué don Diego para dar castigo  
A los culpados en los desconciertos,  
Adonde hizo hechos tan notables,  
Que á los presentes fueron admirables.

Y un Juan de Sorocois, vizcaino,  
Mancebo de no flacas esperanzas,  
Cuyo valor á mí noticia vino  
Después de las sangrientas destemplanzas,  
Paréceme que no fué menos dino  
De lo solemnizar con alabanzas,  
Pues á caballo con la crúel asta,  
No pocos hizo menos desta casta.

Mas con el grande sol que los fatiga  
Cansó del Sorocois el caballo;  
Cuanto con las espuelas mas instiga,  
Tanto menos podia rodeallo;  
Y la crúel canalla y enemiga  
A manos procuraban de tomallo,  
Y cuando su prision via ser cierta,  
La lanza de don Diego lo liberta.

Con no menos furor que brava fiera  
Revuelve luego sobre los paganos;  
El cansado rocin en la carrera  
Los piés mostró mas tardos que livianos,  
Y dos veces demás de la primera  
Don Diego lo sacó dentre sus manos;  
Mas no salió tan libre del enojo,  
Que no le diese flecha por un ojo.

Por la cuenca rompió de tal manera,  
Que no quedó la lumbre del difunta;  
El tendal se quitó que quedó fuera,  
Y dentro consumió toda la punta,  
Y segun pareció, tan larga era,  
Que con la nuca, sin salir, se junta,  
Y por entonces no se vido cosa  
Que mostrase herida peligrósa.

Antes el dicho golpe se le enjuga,  
Y todos lo tuvieron por sencillo;  
Mas allí se crió cierta berruga,  
Y á la parte también del colodrillo  
Un cierto torterillo como oruga,  
Que crecía segun un lobanillo,  
Que tuvo muchos meses, y por donde  
Después aquella punta corresponde.

Y así, sin la torcer, via derecha,  
Juan Perez, un mulato, por su mano  
Un largo gemo le sacó de flecha,  
Sin que menester fuese cirujano,  
Pues la tubércula quedó deshecha  
Y el dicho Sorocois vive sano,  
El ojo claro, sin lesion alguna,  
Que fué caso de próspera fortuna.

Fuè pues la conclusion del marcio juego  
Los bárbaros quedar con la victoria  
Y con mayor furor, segun allego  
En lo que dicho queda desta historia:  
Lo cual reconocido por don Diego,  
El poder escapar tuvo por gloria,  
Y así con los que puede se retira  
Del feroz morador de Macoira.

Con su padre habló dándole cuenta  
De sus trabajos y dolor inmenso;  
Y como para guerra tan sangrienta  
No tenían posible tan estenso,  
Hasta después tres años del de ochenta  
Aquel castigo se quedó suspenso;  
Y entonces de lugares diferentes  
Determinaron de convocar gentes.

Y teniendo de gente castellana  
Cuarenta para lo que se desea,  
Que fuè hacer aquella tierra llana  
En tanto que de mas gente se arrea,  
Enviólos al pueblo de Santa Ana  
Y por capitán dellos un Olea:  
Era pueblo de paz y comarcano  
De Macoira y en el mismo llano.

Hay por aquel compás indios aratos  
Con los guanebucanes y cocinas,  
Y en estos llanos grandes muchos hatos  
De vacas que recorren las salinas,  
Sin impedir los tractos y contratos  
Del español las gentes convecinas;  
Y en estos hatos tienen los señores  
Españoles y negros por pastores.

Sabiendo pues los indios que volvía  
Con orden militar gente cristiana,  
Y esperaban mas amplia compañía  
En aquel dicho pueblo de Santa Ana,  
Primero que gozasen deste día  
Quisieron tomar ellos la mañana:  
Digo los indios, porque de repente  
En el Olea dieron y en su gente.

En noche triste, negra y oportuna,  
Se repartieron bárbaros guerreros  
Con orden para dar todos á una  
En las estancias sobre los vaqueros,  
A quien fuè tan contraria la fortuna  
Que vieron sus remates postrimeros,  
Y al mismo punto la mortal pelea  
Sobrel desventurado del Olea.

Entraron en el pueblo repartidos  
En donde los cristianos se aposentan;  
Suenan gritos mortales y gemidos  
De los que la crueldad experimentan;  
Huellan sobre los cuerpos de caidos  
Quel suelo de las casas ensangrientan,  
Pechos rompídos, quebrantados brazos  
Y cabezas partidas en pedazos.

Viendo cuán derendo iba la cosa,  
Sin ver por dó huir el mas despierto,  
El mulato Juan Perez de la Rosa  
En el suelo se estiende como muerto;  
Pasó por él la gente helicosa  
Teniendo, tal está, su fin por cierto;  
Pero después que vido coyuntura  
Como ciervo sus pasos apresura.

E yendo por aquella gran campiña  
Escombrada de montúosa rama,  
En camisa, sin ropa ni basquiña,  
Vido huir también á cierta dama,  
En los trémulos brazos una niña;  
Yerónima de Manjarés se llama  
Esta mujer, que quiso Dios libralla  
Del impío furor desta batalla.

Consuela sus tristezas y pesares  
Viendo tan oportuno caminante  
Para poder salir destes lugares,  
Pues sola no pudiera ser bastante;  
Y un Antonio Gonzalez y un Suárez  
Se juntaron con ellos adelante,  
Y estos solos de todos los cuarenta  
Pudieron escapar de la tormenta.

Corren luego las gentes rebeladas  
La costa donde está la granjeria  
De perlas, defendiendo las aguadas  
De donde el español se proveia;  
Huyeron las canoas asombradas,  
Con la gente que en ellas residia,  
Y al rio de la Hacha se vinieron  
Donde por muchos meses estuvieron.

Llamaron al don Lope los vecinos,  
Vista la desventura sucedida;  
Suspende por entonces sus caminos,  
Dándoles certitud de su venida  
En castigando ciertos desatinos  
De otra rebelion mas atrevida,  
De la cual brevemente se despacha,  
Y partió para el rio de la Hacha.

Y en servicio de la real corona  
El trabajo tomó por regocijo,  
Queriendo castigar por su persona  
El mas recio furor que duro guijo,  
En cuyo riesgo grande no perdona  
A don Pedro de Cárcamo su hijo,  
Que hizo cosas en aquel viaje  
Decentes al valor de su linaje.

Estimulados pues de justa ira,  
Rompieron los caciques rebelados  
En tierras de Soturna y Macoira,  
Con número de hasta cien soldados;  
A defenderse cada cual aspira;  
Mas brevemente son desbaratados,  
Los principales dellos hechos piezas  
Y las sendas pobladas de cabezas.

Punida con rigor la gente suelta  
Y puestos los rebeldes en cordura,  
Al valle de Upar luego dieron vuelta,  
Provincia que tenían mal segura,  
Por una pesadísima revuelta  
Y sucesos de grande desventura,  
Del cual aqui daremos breve cuenta  
Segun la relacion nos representa.

Hay dentro del Upar muchas naciones,  
En las lenguas y ritos diferentes,  
Pero todas de fieras condiciones,  
Y destas son los tupes mas valientes,  
Altos y de fornidas proporciones  
Y á los cristianos no muy obedientes;  
Mas todavía por aquel paraje  
También reconocían vasallaje.

Destos, Francisca, india ya cristiana,  
Casada con Gregorio, muy ladino,  
Vivian entre gente castellana  
Instructos en católico camino;  
Y un Pereira, de gente lusitana,  
Que en el valle de Upar es hoy vecino,  
Tenia sin pensar tal maleficio  
A marido y mujer en su servicio.

Antonio de Pereira era casado,  
Y segun dicen con mujer celosa,  
La cual siempre vivia con cuidado  
De la Francisca, porque fuè hermosa;  
Y por ventura, sin haber pecado,  
El ama desta india sospechosa,  
Con azotes hirió sus miembros bellos  
Y trasquilóle todos los cabellos.

Corrida desto la Francisca bella,  
Segun suele feminea destemplanza,  
Puso los ojos en venganza della,  
Y para ver cumplida la venganza  
Al Gregorio presenta su querella;  
Y ambos debajo desta confianza  
Se fueron á los tupes sus parientes  
Movidos destos locos accidentes.

Quando la india vió las plantas puestas  
Do su querer mandó que las aplique,  
Sus bellas carnes hizo manifiestas  
Ante Coro Ponaimo su cacique;  
Pues en aquel lugar las mas honestas  
Y todos cuantos hay andan á pique,  
Usando de la justa vestidura  
De que los proveyó don de natura.

Y así la dicha moza se compuso  
Con desnudez, aunque ropas llevaba,  
Para mas conformarse con el uso  
De la bárbara tierra que hollaba:  
El indio, contemplando lo recluso,  
Con amorosos ojos la miraba,  
Y pidiendo razon de su venida,  
Dijo que á le servir toda la vida.

Porque las españolas son molestas,  
Y no queria mas gustar sus hieles;  
Y en aquestas demandas y respuestas  
Saliéronse las gèntes infieles,  
Y ellos entre requiebros y recuestas  
Vinieron á juntar entrambas pieles.  
Quedando del contacto de los pechos  
Los dos nuevos amantes satisfechos.

Después del sensual ayuntamiento,  
Supo tan bien jugar con el tirano,  
Que cosa no le daba mas contento  
Que lo que se guiaba por su mano;  
Y al marido le hizo tractamiento  
Como si fuera su mayor hermano;  
Y viendo la Francisca ser dispuesto  
A no la disgustar, le dijo esto:

«Dime, señor, un hombre tan discreto,  
No menos poderoso que valiente,  
¿Cómo puede sufrir estar subyeto  
A los mandados de extranjera gente,  
Pudiéndolos poner en el aprieto  
Que suele depear mala simiente,  
Pues para concluir cosa tan alta  
Sola tu voluntad es la que falta?»

«A los hombres, señor, de tu valía  
Y que tienen tan amplios los poderes,  
No cumple por temor ni cobardia  
Obedecer ajenos pareceres;  
Y aquesta servidumbre se desvia  
Facilísimamente si quisieres,  
Porque solo querello, como digo,  
Será la perdicion del enemigo.»

«Ningun cristiano dellos se recela  
Sea con claridad ó con obscuro;  
Yo sé que su ciudad nunca se vela,  
Con no la rodear cerca ni muro;  
En ningun tiempo ponen centinela;  
Duermen á sueño suelto sin seguro;  
La gran dispusición y el aparejo  
Son los que también dan este consejo.»

«El cual si por ventura se tomare,  
Siendo como lo es tan acertado,  
Por todas las provincias del Upare  
Será siempre tu nombre celebrado;  
Y así lo necesario se prepare  
Para hacer mi corazón vengado,  
Pues cierto, si tus armas no se ablandan,  
Tú solo mandarás lo que ellos mandan.»

Dijo la mala hembra, y el beodo  
A todo le prestó facil oído,  
Y la respuesta suya fuè de modo  
Que hizo general á su marido;  
El cual desdeque juntó su poder todo,  
Y estando cada cual apercebido,  
El cacique que vió sus gentes prestas,  
Dijo pocas palabras, y son estas:

«Amigos y parientes, de quien fio  
La guerra do me lleva mi deseo:  
Bien sabeis todos el intento mio  
Y en que pretendo de hacer empleo;  
Estais compuestos de valor y brio,  
Armas bastantes, militar arreo;  
Venid á redimir vuestra zozobra:  
Resta poner las manos en la obra.»

«Solo quiero decir que cada uno  
Trabaje no tener la mano floja,  
Y en viendo lugar cierto y oportuno  
Procure de hacer la tierra roja,  
De manera que cristiano ninguno  
Se libre de mortifera congoja,  
Y dé cada caudillo buen recado  
Del cuartel que le fuere encomendado.»

«Entrar por cuatro partes sea notorio  
A todos: por la una Quiria Imo;  
Por otra con su gente va Gregorio;  
Por otra mi hermano Curunaimo;  
Otra, que es mia, con el oratorio  
Buena cuenta dará Coro Panaimo;  
Vendrán itotos y los cariachiles,  
Y si no, quedaránse para viles.»

«Podrá ser que de industria se detengan  
Y estar como cobardes á la mira,  
O que en el parecer se desavengan  
Tomando por escudo la mentira;  
Pero digo que vengan ó no vengan,  
Cristianos han de ver su fatal ira,  
Pues para tan liviano hecho basta  
Coro Ponaimo con los de su casta.»

«Por tanto caminemos con el día  
Lo que nos resta del incontinente,  
Porque llegada ya la noche fria  
Estemos á la hora competente  
Sobre Guatapori, que se desvia  
Pocos pasos de la cristiana gente;  
Y cuando se tocara la corneta  
Cada cual á sus casas arremeta.»

Dijo Coro Ponaimo su desino,  
Y los guerreros escuadrones puestos  
Continuando fueron su camino  
Por lugares que ven menos enhiestos,  
Hasta que ya la noche sobrevino  
Y fueron repartidos por sus puestos,  
Presentes de Francisca los enojos  
Para ver la venganza por sus ojos.

«Oh cuánta desventura, cuántos daños  
Al pueblo lleva su furor sangriento!  
¿Cuán descuidados ya destes engaños  
Dormia cada cual en su aposento!  
Pues se pasaron bien treinta y seis años  
Del tiempo que poblamos el asiento,  
Sin que cacique desta serranía  
Concibiése jamás tal osadía.»

Bien que nos defendian sus partidos  
No con menos valor que de romanos,  
Y en algunos recuentros bien reñidos  
Hubieron españoles á las manos;  
Pero nunca jamás tan atrevidos  
Que bajasen al pueblo de los llanos,  
Con ser á los principios los soldados  
Muy pocos y muy mal aderezados.

«Mas es así que la gente mas llana  
De cuantos indios hoy están subyetos,  
Con la conversacion cotidiana  
Despiden los temores y respetos,  
Y notan de la gente castellana  
Sus mañas, sus ardes y secretos;  
Y todos ellos cuando ven la suya  
No dejan ocasion que se les huya.»

No toman la virtud destas escuelas,  
Sino pecados, juegos, desatinos,  
Y tanto mas abundan de novelas  
Cuanto se van haciendo mas ladinos;  
Y estos en los engaños y cautelas  
Son peores que espíritus malinos,  
Y entrellos no se ve mozo ni viejo  
Que quiera ser capaz de buen consejo.»

Y con ser el ladino desta gente  
En astucias plenísimo venero,  
Por no perder algun gusto presente,  
No recelan del gusto venidero,  
Y á truco de vengar un accidente  
Dejan la sogá ir tras el caldero,  
Segun estos presentes enemigos  
Que pensaban quedarse sin castigos.

Porque llegada ya la fatal hora,  
El Gregorio dió golpes á la puerta  
Del Antonio Pereira y su señora;  
El amo recordó y ella despierta,  
Y mandan que no abran á deshora;  
Pero sus pajes se la dan abierta:  
Entró luego de gente gran ruido  
Y el Pereira saltó del dulce nido.

Y al tiempo de salir del aposento,  
En el rostro le dan una herida;  
Otro golpe secundan mas sangriento,  
Pero ninguno le quitó la vida;  
Una lanza sin hierros y sin cuento  
En el suelo topó que está caída,  
Y con ella sin armas y desnudo  
Los entretuvo todo cuanto pudo.

Pero su mujer Ana de la Peña,  
Hiriéndole las voces el oído,  
Reconoció ser bárbara reseña,  
Y femenino miedo despedido  
Saltó como novilla zahareña,  
Empuñando la espada del marido:  
Da tajos y reveses de tal suerte  
Que se libraron ambos de la muerte.

Rompieron ambos el contrario bando  
Escapando del duro captiverio;  
Juntos, el uno al otro reguardando,  
No padecieron otro vituperio;  
Por medio de la calle van volando  
Para poder llegar al monasterio,  
Donde los religiosos y reclusos  
Andaban ya revueltos y confusos.

Porque de la ciudad no queda casa  
Por cuya cumbre no volasen llamas,  
De lo superior hasta la basa  
Deshechas todas las pajizas tramas;  
El templo principal ya hecho brasa,  
Donde llegaron con ardientes ramas,  
Mas ante todas cosas los violentos  
Robaron los benditos ornamentos.

Coro Ponaimo de su furor ciego,  
Viendo quel monasterio permanece,  
Cinco veces ó seis le puso fuego  
Y admirase de ver que no le empece;  
Crece la grita y el desasosiego,  
El fuego donde quiera resplandece;  
Los frailes viendo tanto desconsuelo  
Invocan el favor del alto cielo.

Mas el viejo fray Pedro de Palencia,  
Con un mulato suyo Juan Carnero,  
A los bárbaros hizo resistencia  
En una puerta del zaguán primero,  
Tanto que no bastó su violencia,  
A volvelle los filos del acero,  
Ni para que dejase la rodela  
Que fué mantenedora de la tela.

Y así con ella del furor escapa  
Diciendo con acentos conocidos:  
«Ovejas del obispo de Chiapa,  
Ningun gusto me dan vuestros balidos,  
Pues que por fuerza nos quitais la capa  
Sin darnos un vellon para vestidos;  
Y así de lana que tan mal se hila  
Renuncio para siempre la desquila.»

Fray Dionisio de Castro, sin aliento,  
Viendo de desventuras tal sumario,  
Convocó religiosos del convento  
Y abrió presto las puertas del sagrario;  
Sacan el sacrosanto Sacramento  
Y á la bendita Virgen del Rosario;  
Llevólos á lugar sin cobertura,  
Aunque la iglesia se quedó segura.

Delante dél, hincadas las rodillas,  
Con intimos suspiros y vertiendo  
Lágrimas con que riega sus mejillas,  
Ante su Majestad está diciendo:  
«Restaurador de las eternas sillas,  
Libradnos de peligro tan horrendo:  
Oid, Señor, los gritos y clamores  
Destos atribulados pecadores.»

» Socórranos, Señor, vuestra clemencia,  
Y en este movimiento tan atroce  
No prevalezca bruta pestilencia  
Que no os sabe, ni cree, ni conoce;  
Nuestros grandes pecados y demencia  
Merecedores son de mayor coce;  
Pero no midais vos, Redentor mio,  
La punición segun mi desvario.

» Estrella de la mar, Virgen, Señora,  
Santa de santidad insuperable,  
Tened por bien de ser interesora  
Por esta compañía miserable;  
Cánsese ya la mano vengadora  
Desta nación bestial y detestable;  
Matan vuestros devotos y sirvientes,  
Van degollando niños inocentes.»

Y es así que por todos se reparte  
La turbación, la confusión y pena,  
Porque la furia del sangriento Marte  
Cosa no ve mover que no cercena,  
De tal manera, que cualquiera parte  
De miembros palpitantes está llena;  
Casa no queda donde falte llanto,  
Dolor, temor, horror, mortal espanto.

Bien como los mortíferos venenos  
En los estómagos de los humanos,  
Que de los miembros que tenían buenos  
Ningunos dellos les quedaron sanos,  
Antes los hacen de vigor ajenos  
Debilitando piés, brazos y manos,  
Sin dejalles artejo ni juntura  
Que no recorra tanta desventura:

Así también los bárbaros tumultos  
Donde quiera sus furias acrecientan,  
Corriendo los lugares mas ocultos,  
Que todos los maculan y ensangrientan,  
Y donde quiera que divisan bultos,  
Jáculos penetrantes les presentan,  
Y de la mas que bárbara caterva  
Ningun varon ni hembra se reserva.

Vieron su triste fin en la pelea,  
Partidas sus cabezas con macana,  
La bella doña Guiomar de Urrea  
Y doña Beatriz, su cara hermana;  
Este mismo rigor mortal se emplea  
En otra principal dicha doña Ana,  
Doña Ana de Anibal digo que era,  
Quel pecho mas feroz enterneciera.

Isabel de Briones quedó manca  
De vida temporal, y en dura tierra  
El arroyo de sangre no se estanca  
Del cuerpo bello de Maria Becerra;  
Cayó la varonil Elvira Franca,  
Ana Ruiz del-mundo se destierra,  
Ana Fernandez en escondedrijos  
La vida concluyó con sus dos hijos.

Quebrantadas las frentes y las cejas  
Luego con asperisimos cuchillos,  
A las galanas mozas y á las viejas  
Que traen arracadas y zarcillos,  
A raíz les cortaban las orejas  
Y los dedos también de los anillos,  
Desnudándolas de sus vestiduras  
Hasta dejallas en las carnes puras.

Catalina Rodriguez, desposada  
El infelice día mahadado,  
En el infausto lecho fué ballada,  
Su muy hermoso pecho traspasado,  
Adonde la dejó desamparada  
El mas que temeroso desposado;  
El cual salió después de salir ellos  
Chamuscadas las barbas y cabellos.

En manos la dejó de quien la mata;  
Mas della se colige, si pudiera,  
Que no huiera dél en el combate,  
Antes otra Hipsieratea fuera,  
Aunque él no se mostró ser Mitridate,  
Pues en huir de allí salud espera,  
Dejando su querida para cebo,  
Venciendo su temor al amor nuevo.

Fueron mas de cincuenta los difuntos,  
Los cuales por sus nombres no refero,  
Pues no podré decir en breves puntos  
Los que vieron su día postrimero;  
Mas con mujer y cuatro hijos juntos  
También murió Hierónimo Romero,  
Y su pequeña hija quedó viva  
Que los bárbaros hoy tienen captiva.

Durantes pues los gritos y clamores  
Y el mal que por momentos se empeora,  
Tomó sus armas Antonio de Flores,  
Un principal hidalgo de Zamora,  
Y ensilló su caballo sin favores,  
Por nadie los tener en esta hora;  
Y dígoles porque este zamorano  
Es un soldado manco de una mano.

Púsole su pretal de cascabeles,  
Y abrevia lo posible la carrera  
A la parte do suenan mas tropeles  
Y mayor junta de la gente fiera;  
Y como por algunos infieles  
Entendieron andar caballo fuera,  
Antes que contra ellos arremeta  
A recoger tocaron la corneta.

Recogieronse todos al momento  
En arboledas y lugar opaco;  
Ya solo Flores en su seguimiento  
Amenazándolos con brazo floco,  
Pero no les perturba su contento  
Ni les pudo quitar el rico saeco;  
Que por las muchas piedras del camino  
No podia romper con el rocino.

Antes cuando los iba persiguiendo,  
Que la distancia fué largo pedazo,  
Un ladino gandul iba diciendo:  
«Volvamos á matar tan duro mazo  
Que nos hizo huir con el estruendo,  
É yo sé que no tiene mas de un brazo,  
Y nos ha hecho con su vana lanza  
Quedar sin hacer llena la matanza.»

Fácil se les hiciera la contienda,  
A no tener sus tretas el tullido  
Para poder meter y sacar prenda,  
Y así ninguno fué tan atrevido:  
Fuéronse pues con toda la hacienda  
Y saeco que llevaban recogido;  
El Flores se volvió via derecha  
A ver la destrucción que quedó hecha.

En este tiempo ya llegó la hora  
Que por los abrasados aposentos  
Estendiese sus ojos el aurora,  
Ojos encarnizados y sangrientos,  
Segun suele tenellos cuando llora  
Quien por ellos desagua sus tormentos;  
Y así luego cubrió su rostro puro  
Con toca de nublado muy obscuro.

¡Oh! qué espectáculo tan lastimero  
Al Flores se le puso por delante!  
¡Qué corazón de piedras ó de acero,  
Qué pecho de tan duro diamante,  
Qué hombre tan cruel y carnicero  
Que viendo lo qué vió no se quebrante!  
¡Quién estuviera sin alterar venas  
Viendo caidas tantas Polixenas!

Unas desnudas, otras mal vestidas,  
Y todas de su sangre rubricadas,  
De los terribles golpes y heridas  
Las intimas entrañas traspasadas;  
Cabezas en pedazos repartidas,  
Orejas y narices cercenadas;  
Otras con fuego de sus propios nidos  
Sus cuerpos en carbonos convertidos.

Viendo la destrucción digna de luto,  
Y no por ilusión ni por antojos,  
Engrandeció su voz Flores Enjuto,  
Enjuto, pero ya no de los ojos,  
Pues llorando llamó los que tributo  
Al bárbaro pagaron con despojos,  
Porque los que tuvieron buenas piernas  
Metieron por bosques y cavernas.

Como fuese con voces importuno  
Por recoger la gente divertida,  
Dos á dos, tres á tres y uno á uno,  
Salían á la voz reconocida,  
Hasta tanto que ya quedó ninguno  
De los que se escaparon con la vida,  
Pero ninguno dellos tan exento  
Que no guie sus pasos con gran tiento.

Bien como los ratones que comiendo  
Algun mantenimiento que los ceba,  
Que si perciben el menor estruendo,  
Con gran priesa se vuelven á la cueva,  
Mas luego poco á poco van saliendo  
No sintiendo remor de cosa nueva,  
Y de tal modo gustan la comida  
Quel ojo principal es la huida:

Los mismos sobresaltos y recatos  
Traían las mujeres y varones,  
Y con mayor temor que de los gatos  
Suelen tener los tímidos ratones;  
Aumentando con otros malos ratos  
Aquellas angustiosas turbaciones,  
Viendo la cantidad de gente muerta  
Que para grandes gritos abrió puerta.

El rostro de las dueñas era rio;  
Hinchese de clamores aquel llano;  
Unas están diciendo: «¡Hijo mio!»  
Otras: «¡Ay, primo! Y otras: ¡Ay, hermano!»  
Otras dicen: «¡Ay, madre, padre ó tio!»  
Otras el parentesco mas cercano;  
Suenan dolor, terror, angustia, duelo,  
Congoja, turbación y desconsuelo.

Lleva Guataporí por sus riberas  
Un ronco son de voces mal abiertas,  
Porque de lamentar las mas enteras  
En su pronunciacion quedan inciertas:  
Y no menos dolores concibieras  
De ver las gentes vivas que las muertas;  
Pues en aquel bullicio ya propuesto  
Salió quien mas llevaba descompuesto.

Porque de la manera que despierta  
En aquel repentino sobresalto,  
Saltó por los corrales ó la puerta  
Y otros algunos por lugar mas alto;  
El uno la cabeza descubierta,  
Otro descalzo, y el que menos falto  
Hallóse rico, si la tierra pisa  
Con solo zarafuelles y camisa.

Como quien naufragó cerca de puerto,  
Que para se salvar en la ribera,  
El vestido de que estaba cubierto  
Desechó por ir mas á la lijera,  
Y aquel que mas no pudo salió muerto,  
Y desnudo también quien salió fuera:  
Así se vian semejantemente  
Los muertos y los vivos desta gente.

Mas Antonio de Flores, como era  
Persona principal y proveida,  
Hizo subir la gente mas entera  
A caballo muy bien apercebida;  
Y si tan buen aviso no tuviera  
Todos ellos quedarán sin la vida,  
Porque vino gran copia de gentiles  
Itotos y de indios cariachiles.

Venian caciquejos seis ó siete,  
Que fueron con los tupes en consejo:  
Orva, Alonso, Cuoque é Ichopete,  
Y Pericote y un Juan Cabellejo,  
Que para lo que cada cual promete  
Traían gentil orden y aparejo,  
Pensando de hallar el otro alarde;  
Pero cuando llegaron era tarde.

Todos los escuadrones son lucidos,  
Con soberbios plumajes y galanos:  
A vista llegan de los afligidos  
Que temblaban de vellos tan cercanos;  
Mas viéndolos estar apercebidos  
Con adargas y lanzas en las manos,  
Pasaron á quemalles las estancias  
Por quitalles del todo las substancias.

Fueron á ellos pues incontinente  
Con grandes alborotos y bullicios,  
Y allí mataron toda cuanta gente  
Tenian para rústicos servicios;  
Las violentas llamas del ardiente  
Fuego les consumió los edificios;  
Y a estas heredades hechas brasas,  
Se volvieron los indios á sus casas.

De los cristianos unos los senderos  
Velan, y los demás llaman al cura  
Para que den, segun los pios fueros,  
A los nuestros terrena sepultura:  
Hicieron á don Lope mensajeros,  
Dándole cuenta desta desventura;  
El cual, viendo negocio tan terrible,  
Apresuróse todo lo posible.

Procuró consolar los moradores,  
Dándoles de las cosas qué alcanza,  
No sin reprehension á regidores  
Por su demasiada confianza,  
Y prometió que de los malhechores  
Presto se tomaria la venganza;  
Y así para que fuesen castigados  
Nombró luego caudillos y soldados.

Guerreros instrumentos apareja,  
Y para que subiesen la ladera  
Nombró cincuenta de la gente vieja  
Y de las otras la que mejor era,  
Y un Alonso Rodriguez de Calleja,  
Natural de Jerez de la Frontera,  
El cual con el recato que convino  
Guió para los tupes su camino.

Cuando subian por los altos puertos,  
Donde los enemigos habitaban,  
Fueron al mismo punto descubiertos  
Por espías de indios que velaban,  
Que ya todós sabian los conciertos  
Y duras intenciones que llevaban;  
Y así se junta toda la ralea  
Dispuesto cada cual para pelea.

Ocuparon las cumbres y peñoles;  
Hieren con grita los mudables vientos  
Cornetas y torcidos caracoles,  
Usados en guerreros movimientos;  
Muchos traen vestidos españoles,  
Y muchos los benditos ornamentos,  
Haciendo por escarnios y desdenes  
Ostentacion de los robados bienes.

A vueltas del clamor y vocería  
Galgas se precipitan, flechas vuelan;  
Respóndeles el arcabucería,  
Que todos estos bárbaros recelan;  
Y nuestros españoles todavía  
Por les ganar un reventon anhelan:  
Aumentase la grita y el estruendo,  
Uno subiendo y otros defendiendo.

Estaba Curunaimo delantero,  
Sin recelar los manuales truenos,  
Y el Alonso Rodriguez mas certero  
Que muchos, con tener un ojo menos,  
Con una bala le pasó el gargüero,  
Haciendo sus clamores menos llenos;  
Y no cayó con el caliente rayo,  
Aunque sintió con él algun desmayo.

Pero después que vió de la garganta  
El golpe grueso que de sangre mana,  
Arrimó las espaldas á la planta  
Que por allí tenia mas cercana,  
Y con ferocidad que los espanta,  
El arco suelto, toma la macana  
Para vengar con ella sus enojos,  
Mas faltóle la vista de los ojos.

Pues al tiempo que hizo movimiento,  
La maza levantada y estendida,  
Llegó de su salud el rompimiento,  
Y el ánima se fué por la herida  
A las eternas penas y tormentos,  
De la tierra de vivos despedida,  
No sin grandes congojas y pesares  
De los indios cercanos en lugares.

Pues alojando van en gran manera  
Turbados con aquella pesadumbre;  
Y los de la cristifera bandera,  
Conociendo de indios la costumbre,  
Abrevian el subir de la ladera  
Hasta que ya llegaron á la cumbre;  
Los defensores della viendo esto  
Procuraron tomar otro recuesto.

A sus casas llegó nuestra cuadrilla,  
Donde tuvieron no menor recuento;  
Mas aunque duró mucho la rencilla,  
Con voces que metian en el centro,  
Pudieron ganar aquella villa,  
Y aquella noche reposaron dentro,  
En confianza de sagaces velas  
Y á punto las espadas y rodela.

Venidos ya los rayos soberanos,  
Por asechos de amigos naturales  
Coro Ponaimo les cayó en las manos  
Con otros ciertos indios principales:  
El castigo se dió segun los males  
Que dellos recibieron los cristianos,  
En la uña haciendo los procesos,  
Vista la gravedad de los sucesos.

Este castigo que decimos hecho,  
Aunque no por entonces concluido,  
Los españoles con algun provecho  
Volvieron sanos á su propio nido;  
Pero nunca Francisca por asecho  
Se pudo descubrir ni su marido,  
Ni don Francisco, bárbaro ladino,  
No menos atrevido que malino.

Peró los tupes deste territorio,  
Mirando lo que cada cual arrisca,  
Y el daño recebido ya notorio,  
Cuyo principio vino de Francisca  
Y del indio Francisco y del Gregorio,  
Principales cabezas en la trisca,  
Andaban por quebrar allí sus sañas  
Y ver qué color tienen sus entrañas.

Con este miedo que los tres atierra,  
Huyendo por lugares mas opacos  
Se pasaron á la frontera sierra,  
Donde residen indios aruacos;  
Los cuales en los trances desta guerra  
Nunca tuvieron términos bellacos,  
Antes su principal cacique quiso  
De la venida dellos dar aviso.

Sabida por don Lope la venida  
Y parte donde estaban abscondidos,  
Envió gente bien apercebida  
Para que fuesen presos y traídos  
A pagar cada uno con la vida  
Pecados y delitos cometidos;  
Y así los trajo Pedro de Morales,  
Con guardas y durísimos ramales.

Venidos pues los malaventurados,  
Procedese con suma diligencia,  
Y todos tres procesos substanciados  
Con la declaracion de su demencia,  
A muerte natural son condenados,  
Y ejecutóse luego la sentencia,  
Con un alto pregon que dió noticia  
Del caso por que hacen la justicia.

Antes de lo subir al escalera  
Pidió Gregorio, por merced subida,  
Que su muerte dél fuese la primera  
Por no padecer dos en una vida,  
Una, la suya propia qué espera  
Y otra de ver morir á su querida;  
Admiranse de ver lo que decia,  
Y así se hizo como lo pedia.

Demandaron perdon puestas las manos  
Por todas las pasadas insolencias,  
Diciendo cómo con furoros vanos  
Usaron de tan grandes inclemencias;  
Finalmente, con muestras de cristianos  
Hicieron otras santas diligencias,  
Y créese, segun pios motivos,  
Que fueron á la tierra de los vivos.

Castigaron después á los itotos  
Y á los que fueron en el movimiento,  
Los cuales en batalla fueron rotos  
Y en ella perecieron mas de ciento;  
Y mitigados estos alborotos  
Con medicina de rigor sangriento,  
Luego don Lope mil cosas ordena,  
Mas una dellas sobre todas buena.

Aquesta fué, que para mas seguro  
De los que padecieron el asalto,  
Y en las horas de luz ó con obscuro  
Pudiesen reposar sin sobresalto,  
Hizo cercar la ciudad de muro  
Que dicen ser de seis tapias en alto  
Muy anchas y de buenos fundamentos,  
Y de piedras bien puestos los cimientos.

Llamó copia de indios, y dió corte  
Cómo les ayudase la canalla  
Por términos guiados con reporte;  
Y es la ciudad primera que se halla  
En tierra firme de la mar del norte,  
Toda fortalecida de muralla,  
Sin mucha pena de los naturales,  
Por tener á la mano materiales.

Porque hizo domar muchos novillos  
Con que los traigan y con que cultiven,  
Y hizo labrar tejas y ladrillos  
Para cubrir las casas donde viven,  
Que pueden hoy servirlas de castillos,  
Donde de sus haciendas no los priven;  
Porque la fabrica de paja hecha  
Consigno se traia la sospecha.

Está la ciudad en gran zavana,  
Y tiene nobilísima templanza;  
Posee gran compás de tierra llana;  
Es fértil en labranza y en crianza;  
Hay frutos de la tierra castellana,  
Y de los naturales mil alcanza;  
Gran cantidad de vacas y de yeguas,  
Y estará de la mar veinte y dos leguas.

En tanto que don Lope proveía  
Tantas cosas, que yo me maravillo,  
Andaba fuera mucha compañía,  
Y como general y su caudillo  
Pero Ruiz de Tapia la regia;  
Junto con él don Alonso Carrillo,  
Que es hijo del don Lope, cuya lanza  
No recelaba la mayor pujanza.

Ven los que nunca dieron obediencia  
Lejanos aruacos, gente fiera,  
Que tienen su lugar y residencia  
En lo supremo desta cordillera,  
Donde tuvieron dura competencia,  
Pero prevaleció nuestra bandera;  
Salen de sus asientos esto hecho  
Por parcelles gentes sin provecho.

Corrieron por las cumbres comarcanas,  
Hasta que ya bebieron agua fria  
En la provincia de los maconganas,  
Indios, segun á todos parecia,  
Que nunca vieron gentes castellanas  
Hacer camino por aquella via;  
Y así tres mil ó mas en ordenanzas  
Acometen con flechas y con lanzas.

Animan los caciques sus vasallos  
Con principal ardor y diligente;  
Pero con arcabuces y caballos  
Fueron desbaratados fácilmente;  
Huyeron, y procuran alcanzallos  
Y prendieron algunos desta gente,  
Los cuales se mataban con sus manos  
Por no se ver en las de los cristianos.

Aquestos españoles eran ciento;  
Y pareciendo número bastante,  
Por no les contentar aquel asiento,  
Ni para fundar pueblos elegante,  
A que llevaban principal intento,  
Determinaron ir mas adelante  
Haciendo su camino la corona  
A las otras vertientes á Tairona.

Y así Pero Ruiz su gente saca  
Caminando por do mejor pudieron,  
Tierra de poblaciones algo flaca,  
Hasta ver la provincia que dijeron  
Val de San Sebastián de Taironaca,  
Desde cuyos asientos se volvieron  
Por no hallar la tierra tan entera  
Cuanto solia ser en otra era.

Por Tairona después hizo camino,  
Valle por muchas veces referido,  
Mas con temor del otro torbellino,  
De Castro lo halló todo barrido,  
Por estar, segun, dicen el vecino  
Dentro de Pocigüeyca recogido,  
Y de presente ser aquella tierra  
La mayor fortaleza de la sierra.

En efecto volvieron al arena  
Del valle do tenían sus reposos,  
Tan vacía de oro la crumena  
Cuanto de vella llena deseosos;  
Mas pues cansancio, sinsabor y pena  
Olvidan con regalos amorosos,  
Razon será que yo huelga la siesta  
Antes que se dé fin á lo que resta.

## CANTO SEGUNDO.

Donde se tracta cómo don Lope de Orozco envió al capitán Antonio Cordero á poblar la provincia de Chimila, y gente blanca, y las cosas que sucedieron durante la poblacion.

Muchas veces habemos dado cuenta  
De las cosas antiguas de Chimila,  
En lo que mas atrás se representa  
Y mi memoria flaca recopila:  
Tierra bien asombrada, clara, exenta,  
Pero sus poblaciones anihila  
La gran saca de esclavos que solia  
El antiguo tener por granjeria.

Que los antiguos no tenían ojo  
A se perpetuar ni hacer nido,  
Sino con los esclavos y despojo  
Mejorar cada uno su vestido;  
Y así las inquietudes y el enojo  
Han muchos destes indios consumido,  
Mas no de tal manera que no quede  
Quien de sus descendientes los herede.

Y aun en aqueste tiempo que lo cuento,  
En belicoso tracto y ejercicio  
Uno vale ya tanto como ciento,  
Por ser cursados bien en el oficio,  
Y en un desesperado rompimiento  
Ningun indio presume ser novicio;  
Mas todos usan de sagacidades  
Segun los tiempos y necesidades.

En la sazón que Manjarés vivia,  
Allí tuvieron un pueblo fundado,  
Y despoblóse no sé por qué via,  
Porque desto no soy bien informado;  
Mas Lorenzo Jimenez se decia  
El capitán entonces señalado,  
Y este desapareció por allí junto,  
Sin mas hallallo vivo ni difunto.

Viendo don Lope pues ser conviniente  
Aquella poblacion ir adelante,  
Para los allanar envió gente  
Tal cual le parecia ser bastante:  
Fué Antonio Cordero por teniente,  
Cursado para cargo semejante;  
Eran ciento y setenta los soldados,  
De cosas necesarias pertrechados.

La ciudad en llegando fué trazada,  
Y las cuerdas iguales en medidas,  
En parte rasa bien acomodada  
Y con buenas entradas y salidas;  
La poblacion Sant Angel fué llamada  
Por causas que no tengo conocidas;  
Buscáron hombres destas vecindades  
Para hacer con ellos amistades.

Pero primero que saliesen fuera  
A descubrir los bárbaros avaros,  
Hicieron un buen fuerte de madera,  
Con bastiones, trincheas y reparos,  
Pues á causa de ser gente guerrera  
Pudieran los descuidos costar caros;  
Y esto hecho salieron á buscarlos  
Con copia de peones y caballos.

Salió Sorli, cacique conocido,  
Con mucha gente bien apercebida;  
El capitán Cordero que lo vido  
A concierto de paces lo convida;  
Sorli también acepta su partido;  
Sin poner dilacion en su venida,  
Y así con un mozo de bien ladino  
Se dieron relacion de su desino.

Diciendo que en pasados desatinos  
Los españoles no paraban mientes,  
Antes serían mansos y benignos  
Como no fuesen indios imprudentes;  
Porque venian para ser vecinos,  
Amigos verdaderos y parientes,  
Y con determinados presupuestos  
De no selles pesados ni molestos.

Los indios estuvieron muy atentos  
Notando las pacíficas razones,  
Y aunque fuesen contrarios sus intentos  
Correspondieron á sus opiniones:  
En efecto, volviéronse contentos  
Y agasajados con algunos dones  
De rescates que tienen por ganancia  
Y no son cosas ellas de substancia.

Otros también vinieron de buen arte,  
Con cantidad de indios de rebaño,  
A ver nuestra bandera y estandarte  
Usando de la paz mas de medio año,  
Sin que la una ni la otra parte  
Se desmandase ni hiciese daño;  
Pero cosa no dan de su cosecha  
Que con paga no sea satisfecha.

Y al tiempo de poner en astillero  
El reconocimiento y obediencia,  
En prisiones llevaron al Cordero  
Por provision desta real audiencia;  
Gran desavio fué, pero primero  
Nombró por capitán en su tenencia  
Un Cristóbal Fernandez de Sanabria,  
Natural de las islas de Canaria.

Y viendo ser el general absente,  
Teniendo por incierta su venida,  
Huyóseles de noche mucha gente  
Sin poder estorballes la salida;  
Y así quedaron poco mas de veinte  
No menos deseando la partida,  
Pero púsose grande diligencia  
En no les consentir hacer ausencia.

Mas como por don Lope se supiese  
Que le llevaron preso su caudillo,  
Envio luego para que lo fuese  
A su hijo don Alonso Carrillo.  
A ninguno pesó de que viniese,  
Y el pueblo se holgó de recibillo,  
Porque todos estaban descontentos  
Y no menos medrosos que hambrientos.

Padeciase miserable vida,  
Pues cualquier indio se les desacata,  
Y quien antes vendia la comida  
Ya no la daba cara ni barata;  
Andaba la vergüenza despedida,  
El fiero presto, pronta la bravata,  
Menosprecios aliende de los fieros,  
Y aun mataron algunos compañeros.

Diéronle larga cuenta del aprieto,  
Que fué de mas desgusto que se intima,  
Y la dificultad de ver subyeto  
A bárbaro que tanto los lastima;  
Mas don Alonso como muy discreto  
Y mozo valeroso los anima,  
Pues para levantar á los caidos  
Hirió desta manera sus oidos:

«Señores, la necesidad presente  
Y el blanco donde va vuestro deseo,  
No quiero consentir que se me cuente,  
Pues por mis propios ojos yo lo veo,  
Y sabe Dios lo que mi alma siente  
Viendo tan pocos en tan buen empleo,  
De donde me parece ser afrenta  
El querer alijar sin ver tormenta.

»Y puesto caso que veais alguna,  
No por eso tengais desconfianza:  
Que cuando su furor mas importuna  
Lo suele mitigar cristiana lanza,  
Y nunca duró tanto la fortuna  
Que no venga tras ella la bonanza;  
Demás de que también hay parentesco  
Que me envíe soldados de refresco.

»Entre tanto los que se sienten buenos  
Estén á todas horas vigilantes,  
Que no digo nosotros, pero menos,  
Para se defender serán bastantes,  
Aunque vengan aquestos campos llenos  
De grandes estaturas de gigantes;  
Pues para confundir bárbaro marte  
Está la voz de Dios de nuestra parte.

»Aquesta es la principal ayuda;  
Y teniendo propicios sus favores,  
¿Qué nos pueden hacer gente desnuda,  
Que no quedemos siempre por mejores?  
Ninguno de vosotros tenga duda  
Dé ser en los encuentros vencedores;  
Pues bien sabeis ser sus antiguos modos  
Viendo caido uno huir todos.

»Y pues en el mayor inconveniente  
Fuesteis tan valerosos y constantes,  
Agravió me haceis si yo presente  
No fuerdes todos lo que fuestes antes;  
Pues yo no tengo de volver la frente,  
Antes, adonde todos sois atlantes,  
Sin ser el compañero que no nombre,  
A vuestro peso suporné mi hombro.

»Cerca del galardón ternáse cuenta  
Con aquellos que han permanecido,  
Asegurándoles la mejor renta  
De todo cuanto fuere repartido;  
Pues este poco número sustenta  
La tierra que los otros han perdido,  
Y es razon que donde ella no fallece  
Lleve buen galardón quien lo merece.

»Así que, pues el duelo padecido  
Ha de ser olvidado con ganancia,  
A todos amigablemente pido  
Se perfeccione la perseverancia;  
Que para mejorar vuestro partido  
En mi no faltará toda constancia,  
Como después vereis por el efeto,  
Con mas ventaja de lo que prometo.»

Dijo su voluntad, y los soldados  
Que estaban en aquel ayuntamiento  
Quedaron satisfechos y pagados  
De ver aquel urbano cumplimiento,  
Y por las mismas causas obligados  
A no le dar jamás desabrimiento,  
Y tan feroz la minima bandera  
Como si se hallara muy entera.

Y así por muchos dellos se procura  
Dejar algunas horas sus abrigos,  
Con quien el don Alonso se aventura  
A contrastar algunos enemigos,  
Donde de su valor en guerra dura  
Los unos y los otros son testigos;  
Y también en el bélico teatro  
Murieron de los suyos tres ó cuatro.

Mas ya ganando tierra, ya perdiendo,  
No holgaban espadas ni paveseas,  
Cuotidianamente recorriendo  
Rancherías de indios y convenses;  
Y en esta variedad que voy diciendo  
Se gastarian tres ó cuatro meses,  
Al cabo de los cuales el Cordero  
Volvió libre y al cargo que primero.

Don Alonso holgó con su venida,  
Y porque convenia que se parta,  
En orden puso luego su partida  
Para la ciudad de Santa Marta;  
Y como por la falta de comida  
La gente se hallaba no bien harta,  
El Cordero quisiera salir fuera  
A recoger maíz por la frontera.

Pero venia muy debilitado  
A causa de continua calentura,  
Y así para vivir le fué forzado  
Irse donde pudiese hallar cura,  
Quedando por caudillo señalado  
Sanabria, que por tierra mal segura  
Fué con los diez y ocho desta gente  
A ver y ranchear aquella frente.

Aqueste capitán, sin advertencia  
Las rozas y labranzas les estraga,  
Aprovechándose con violencia  
De lo que no quisieran dar sin paga;  
Vase llegando su fatal sentencia  
Que con acervo golpe les amaga;  
Y en cierto pueblo que llamaban Ancho  
Quisieron una noche hacer rancho.

Donde dormian, vela tienen puesta  
Y ronda de caballo con su lanza;  
Mas á los miserables, ¿qué les presta  
Velarse de tan aspera pujanza?  
Fuéales la huida mas honesta  
Que loca y atrevida confianza,  
Porque gente terrible de pelea  
Por todas cuatro partes los rodea.

La noche por igual peso partida,  
Y al tiempo que la lumbre de Diana  
Fué de aquel hemisferio retraida  
(Seria por no ver sangre cristiana  
Por mano de los bárbaros vertida),  
Rodearon la gente castellana,  
En el acometelles tan á punto,  
Que el peligro y el miedo llegó junto.

Corre los campos anchos són horriendo,  
Estiéndese la grita y el ruido;  
Pero mayor la obra quel estruendo  
Y mas grave la plaga quel gemido,  
Vanse los españoles consumiendo,  
Y es de contrarios número crecido  
Y tan apresurada la rencilla,  
Que falta huelgo para resistilla.

Bien como nave cuando le sacude  
Por una y otra parte la refriega,  
Que para tener término que ayude  
No se le da lugar al que navega,  
Antes cuanto mas agua mas acude  
Hasta que la zozobra y se aniega,  
Y aquella presurosa desventura  
Fué la que les sirvió de sepultura:

Así fué huracán no menos ciego  
Aqueste mal, y tan impetuoso,  
Que para poder entablar el juego  
Nunca se les dió punto de reposo;  
Pues acudian unos y otros luego,  
Sin cesar el estrago presuroso,  
Hasta que todos en aquel combate  
Ovieron triste fin y mal remate.

Y en aquellos nocturnos desconciertos,  
Común fué para todos el engaño,  
Porque vieron también pechos abiertos  
Y rotos los que nunca rompen paño;  
Pero fueron sus números de muertos  
Muy pocos en razon del otro daño;  
Y cuando sucedió la mala suerte  
Ocho solos quedaban en el fuerte.

Los cuales como viesan la tardanza  
Y no venir al tiempo prometido,  
Adevinaron luego la matanza  
Y que todos habian perecido;  
Perdieron de vivir el esperanza  
Y cada cual se tuvo por perdido:  
Diez mujeres habia que con llantos  
Mucho mas aumentaban los espantos.

Esperaban por horas el rebato  
De parte de la gente monstruosa;  
Y estando con el tímido recato  
Con que suele vivir la sospechosa,  
Llegó de las marinas el mulato  
Que se dice Juan Perez de la Rosa,  
Al cual agasajaron aunque solo,  
No menos que si fuera dios Apolo.

Este, como no vió mejor portillo  
Para poder salir del labirinto,  
Hizo que se nombrase por caudillo  
Un cierto portugués, Salvador Pinto,  
Y de cuantos están en el castillo  
Ninguno tuvo parecer distinto,  
Sino que cada cual quedó contento  
De se hacer en él el nombramiento.

Y para que mas bultos pareciesen,  
Viendo cuan pocos eran, el Juan Perez  
También aconsejó que se vistiesen  
En hábitos de hombres las mujeres,  
Y así se les mandó que lo hiciesen  
Teniéndolos por buenos pareceres;  
E ya cubiertas de viriles telas  
Les dieron sus espadas y rodela.

Las cuales bien armadas, como vian  
En trajes usurpados sus personas,  
Tal furor les tomó, que presumian  
De ser otras segundas Amazonas,  
Y en la postura con que se movian  
Todas eran Minervas ó Belonas,  
Y el riesgo de los riesgos mas acedo  
Abuyentaba femenino miedo.

Tenian un caballo los cristianos,  
Para socorro deste su trabajo,  
Manco de todos cuatro piés y manos,  
Y los cuadriles hechos un andrango;  
Cubren con armas pues sus pelos canos  
Para que les sirviese de espantajo,  
Encima dél, no mas que para carga,  
Un español con lanza y con arga.

Estando cada cual apercebido  
Certisimos del bárbaro bullicio,  
Vieron venir un indio mal herido  
De los quellos tenían de servicio;  
Este dentro del fuerte recibido  
Les dió de sus sospechas mas indicio,  
Diciendo cómo grande compañía  
Habia de venir siguiente día.

«Y para certidumbre, dijo, sea  
Aviso, que vereis por la mañana  
Un bárbaro con una hico tea  
Y señales de paz, pero no sana,  
Pues su venida es para que vea  
Y cuente bien la gente castellana;  
No le deis entrar, estése fuera,  
Y aun si posible fuere luego muera.»

«Esto me fué notorio, porque yendo  
A casa de Sorli para holgarme,  
Oí las tramas y escapé huyendo,  
Porque su voluntad era matarme;  
Vinieronme con flechas persiguiendo,  
Pero nunca pudieron alcanzarme,  
Sino fué con los tiros, y Dios quisio  
Darme la vida hasta dar aviso.»

Dados estos avisos á quien toca  
Guardallos en peligros semejantes,  
La vida del ladino fué muy poca  
Por ser las mas heridas penetrantes:  
El gran temor á vela los provoca,  
Y así todos estaban vigilantes,  
Hasta tanto quel sol día siguiente  
Los visitó con su dorada frente.

Miran, y ven venir por aquel llano  
Al que enviaban para los acechos,  
Y con las hico teas en la mano  
A los nuestros llevó pasos derechos;  
Mas el Juan Perez viéndolo cercano  
Con una bala le rompió los pechos;  
Cayó luego con un terrible grito  
Que oyeron los que vienen al conflicto.

Por estar ya cercanos á los muros,  
Porque el muerto tomó la delantera  
Con intenciones de hacer séguros  
A los que tienen relacion entera,  
Y usando la cautela de sus juros  
Armalles so color de paz sincera,  
Y los demás guiaban tras sus huellas  
A repentinamente dar en ellos.

Pensando de hallar lugar abierto  
Por do la fortaleza se destruya,  
Mas no permitió Dios que tal concierto  
Con daño de los nuestros se concluya,  
Pues el falace bárbaro fué muerto  
Y estotros no salieron con la suya;  
Pero reconociendo ser sentidos  
Descúbrense con grandes alaridos.

Y sale la caterva de salvajes  
Con posturas feroces y galanas,  
Las cabezas vestidas de plumajes,  
Arcos, flechas, y dardos y macanas,  
Saltos y brincos, gestos y visajes,  
De que suelen usar gentes insanas;  
Mas no van tan derechas sus derrotas  
Que no tengan temor de las pelotas.

Con cuyo miedo tiemplan los insultos  
Y para les entrar no hacen prueba,  
Sospechando segun vian los bultos  
Habelles socorrido gente nueva  
Y que tenían muchos mas ocultos  
De aquellos do Sorli la vista ceba;  
Descubrese también por el cercado  
Aquel caballo bien encubertado.

Un español, alzada la visera,  
Encima dél, con armas bien cubierto,  
No para confialle la carrera,  
Pues demás de sus males era tuerto,  
Y en meneo y en paso de manera  
Que sin mas lo matar estaba muerto;  
Pero con todo esto fué tan bueno,  
Que sin lo tener él les puso freno.

Porque viendo blandir aquella lanza  
Y en la cerca soldados mentirosos,  
Sospechando tener mayor pujanza,  
Han por bueno volver á sus reposos;  
Y los que no tenían confianza  
Quedaron por industria victoriosos;  
Y al partir la canalla les decia:  
«Por acá nos terneis á tercer dia».

Estando con temor desta tormenta,  
Antes de ser los tres dias cumplidos  
Volvió Cordero con soldados treinta  
De todas armas bien apercebidos,  
Dióseles á los indios larga cuenta,  
Cerca de los que son recién venidos;  
Y así vistas las nuevas municiones  
No procedieron en sus intenciones.

A la gente con él recién venida  
Como perder el tiempo les escuece,  
Y demás de lo dicho la comida  
Es tal que ni se asa ni se cuece,  
Huyeron, y después de la huida,  
Cordero se quedó con solos trece,  
Con los cuales también quiso mudarse  
Viendo que no podia sustentarse.

Porque le parecia ser mal seso  
Permanecer en tales confusiones,  
Como faltaba gente de buen peso  
Que resistiese bárbaras naciones;  
A Santa Marta fué, y estuvo preso,  
Porque desamparó las poblaciones,  
Pero dió sus descargos por escrito,  
Y así disimularon el delito.

Don Lope tuvo vivos los aceros  
Para hacer aquella gente blanda;  
Y así convocó muchos compañeros  
De que se hizo razonable banda;  
Por capitán un Melchior Rieros  
Que tuvo por acepta la demanda,  
El cual entró también con los de España,  
Y á los principios dióse buena maña.

Porque prendieron veinte principales  
Y á todos los pusieron en cadena,  
Entrellos á Sorli, que de los males  
Pasados merecia mayor pena;  
Estragaron sus casas y caudales  
Procurando hacer la bolsa llena,  
Y puestos en collera tantos cuellos  
A la ciudad de Ancho van con ellos.

Repararon allí, por ser asiento  
De cosas necesarias abundante,  
Y porque si tuviesen rompimiento  
Tuviesen lugar ancho y elegante;  
Y es donde vió también su fin sangriento  
Cristóbal de Sanabria y el restante,  
Y allí venian indios desarmados  
A ver á los que están aprisionados.

Y un dia segun tienen de costumbre  
Entraron donde estaban con Rieros,  
Con muestras de quieta mansedumbre,  
Desarmados, alegres, placenteros;  
Pero cargó tan grande muchedumbre  
Que fatigó cristianos compañeros,  
Y el mulato Juan Perez de la Rosa  
Dijo: «No juzgo yo bien desta cosa».

«Señor Rieros, mucha gente carga;  
Bueno será que nos salgamos fuera  
Do tengamos compás de plaza larga,  
Que gran zagalagarda nos espera,  
Y será menester lanza y adarga  
Antes que nos santigüen la mollera.»  
El Rieros con ásperos vocablos  
Respondió: «Los con todos los diablos».

«Que vos con vuestros miedos indiscretos,  
Sin qué ni para qué tengais sospecha,  
Quereis alborotar pechos quietos  
A fin de quebrantar las paces hechas,  
Viniendo todos ellos mansuetos  
Sin macanas, sin arcos y sin flechas.»  
Juan Perez de la Rosa quedó mudo,  
Y salióse lo mas presto que pudo.

Poco después, un indio chimileño,  
Entre la muchedumbre recogido,  
Un palo recogió nada cimbreño  
Por modo tan sagaz que no se vido;  
Y en un instante con el grueso leño  
A Rieros le dió tras el oido,  
Con tal vigor que dió con él en tierra  
Dando principio de sangrienta guerra.

Porque en el mismo punto cada uno  
Eso que puede ver toma y apaña  
Con que pudiese ser mas importuno  
Y dar mejores cebos á su saña;  
No queda indio uno ni ninguno  
Que no dé gran calor á la cizaña,  
Tiembra la tierra con los duros huellas;  
Barren el suelo barbas y cabellos.

Vuelan sobrellos piedras y tizones,  
Echando mano de lo que se halla;  
Andan los puntapiés y mojicones,  
Suena la grita y arde la batalla;  
Crecen por las cabezas torondones,  
No vale morrion ni presta malla;  
Aqui se desmenuzan las rodellas,  
Aqui derriban dientes y allí muelas.

Echan mano de cepas y raices;  
Sácense varas de las casas viejas;  
Unos andan torcidas la cervices,  
Otros destilan sangre de las cejas;  
Los unos abajadas las narices,  
Los otros arrancadas las orejas;  
Ningunos golpes hay que no segunden,  
Y todos se revuelven y confunden.

Bien como cuando dos mozos livianos  
Echan en plaza mano á las espadas,  
Que los tíos, los primos, los hermanos,  
Con piedras, palos y armas enastadas,  
Acuden á meter allí las manos  
Y sobre todos cargan cuchilladas  
Y en la revolucion y desconcierto  
Uno queda herido y otro muerto:

Así por no temer primer encuentro  
Y en los principios ser mal avisados,  
De los cristianos en aquel recuento  
Y de los indios hay descalabrados,  
Y los que se hallaron mas adentro  
Aquesos fueron los peor librados,  
Porque los otros como gente suelta  
Señores de sí son en la revuelta.

Echó mano Juan Perez el mulato  
Diciendo con airado movimiento:  
«Bien me temia yo deste rebato;  
¡A ellos, que se van del aposento!»  
Acuden todos, y en pequeño rato  
Murieron de los indios mas de ciento;  
Desamparan el pueblo los restantes,  
Mas no todos tan sanos como antes.

Pues en retorno de sus malos hechos  
No pocos llevan fieras cuchilladas:  
Unos rompidos parte de los pechos,  
Otros con las espaldas coloradas,  
Otros iban torcidos y contrechos  
Huyendo de las lanzas afiladas,  
A causa del caballo que va encima  
Y con pena de muerte los lastima.

Ejecutándose la misma pena,  
Sin tener antes tales intenciones,  
En aquellos que estaban en cadena  
Y por quien fueron las revoluciones,  
Porque la turbamulta tal ordena,  
A fin de los librar de las prisiones;  
Y aquello que tomaron por remedio  
Fué causa de quitillos de por medio.

Entrando pues do fueron los ruidos  
Dejando de seguir al fugitivo,  
Hallaron veinte suyos mal heridos  
Con el Rieros todavía vivo,  
Aunque cuasi perdidos los sentidos  
Para reconocer su mal motivo;  
Mas él y los demás con los escesos  
Molidas las entrañas y los huesos.

Y así de todos estos que lastaron  
El impetu primero de la gente,  
Los seis ó siete dellos escaparon  
Y los demás murieron brevemente.  
Yendo por el camino que llevaron  
Al pueblo del Upar incontinentemente,  
Porque les pareció ser desatino  
Querer esperar otro remolino.

Aderezado pues cristiano bando,  
En efecto se puso la partida  
Por derecha derrota caminando  
Hasta tanto que vieron la guarida;  
Llegó vivo Rieros, y en llegando  
Partió de los peligros desta vida,  
En la ciudad llamada de los Reyes,  
Con diligencias de cristianas leyes.

Esta, lectores, es la postrimera  
Cosa que sé decir de Santa Marta,  
De casos sucedidos en mi era  
Y donde padeci congoja harta;  
Y porque tengo larga la carrera  
La misma Marta dice que me parta  
A la solicitud de lo que resta,  
Y la segunda parte será esta.

Segun primera traza, yo quisiera  
Tractar también aquí de Cartagena,  
Y por ser esta mas que la primera  
Aquel orden que di se desordena:  
Allí comenzaremos la tercera,  
Y no creo será la menos llena,  
Pues las cosas en ella sucedidas  
No pueden ser en poco resumidas.

De hechos venideros soy exento,  
Los cuales siendo dignos de memoria  
Otros habrá de muy mejor talento  
Que hagan dellos general historia;  
Y aunque la suya sea de momento,  
No se terná la mia por escoria,  
Por ser el fundamento de la casa,  
Y aquella chapitel y aquesta basa.

También con gran instancia le suplico  
A quien en Santa Marta residiere,  
Que si deste principio que publico  
En algun tiempo sus hazañas viere,  
Y se sintiere con talento rico,  
Sobrel asiente lo que mas oviere,  
Y sea con tan pura y verdadera  
Relacion como fué nuestra primera.

Pues sin fantasear vanos concetos,  
Segun suelen cursados y novicios,  
Aquellos indios son tan inquietos  
Y tan acostumbrados á bullicios  
Que le darán materias y subyctos  
Para fabricar altos edificios,  
Sin enjerilles fabulas inciertas  
Que yo quiero llamallas obras muertas.

## LAUS DEO.

Salid, historia fiel,  
Compuesta de verdad pura,  
Y donde vierdes laurel  
Tened á muy gran ventura  
Que os dejen llegar á él.  
Conviene que lo adoreis,  
Pero no que os coroneis  
Con él, porque sois indina,  
Aunque corona de encina  
Yo sé que la merecis.